

Redes sociales y narrativas mediáticas: la reconfiguración de lo público

María Victoria Martin

Departamento de Ciencias Sociales (UNQ) y Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Argentina

E-mail: mvmartin@perio.unlp.edu.ar

Pamela Vestfrid

Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Argentina

E-mail: pvestfrid@perio.unlp.edu.ar

Resumen:

En la presente ponencia se invita a reflexionar sobre algunas prácticas desarrolladas a través de las redes sociales, en las cuales se reconfiguran los sentidos de lo público y lo privado, en un contexto digital caracterizado por la fuerte irrupción de las tecnologías de la información y la comunicación.

Teniendo en cuenta nuestra experiencia como docentes del espacio curricular “Estrategias de trabajo colaborativo con redes sociales virtuales y otros asistentes online” en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (FPyCS, UNLP), presentamos reflexiones que parten de la lectura atenta de textos producidos por referentes en el estudio de la cultura contemporánea. Desde la perspectiva de educación en medios proponemos repensar cómo el cuerpo aparece narrado en las redes sociales. El objetivo es dar cuenta de la imperiosa necesidad de formar a las generaciones jóvenes para que alcancen una recepción y producción crítica de los discursos que circulan en los entornos digitales.

Palabras claves: Redes sociales, público, privado, narrativas, cuerpo.

El contexto digital

Si desarrollamos una mirada retrospectiva de los últimos 30 años y pensamos en las transformaciones acontecidas en los modos de comunicarnos con diferentes dispositivos, el pasado y la actualidad se tornan mundos muy disímiles.

El walkman, el grabador, el minicomponente, el teléfono fijo, el televisor, la videocasetera, la cámara de fotos a rollo, entre otros aparatos, resultan artefactos desconocidos para los adolescentes y niños de hoy, que cuando los ven en algún rincón olvidado del hogar, desconocen cómo se llaman y para qué se utilizan.

Inés Dussel y Luis Alberto Quevedo (2010) señalan que en los últimos años ha sido muy significativa la entrada en el hogar de nuevos y múltiples dispositivos que no existían tiempo atrás: smartphones, tablets, televisores inteligentes, etc. que han dejado obsoletas algunas prácticas y han promovido el surgimiento de otras más acordes con las pantallas y las redes: chatear, postear, selfiar, compartir, etc.

Estos cambios han generado otros modos de experimentar el tiempo libre, el trabajo y el aprendizaje, más ligado con aparatos, dadas las significativas posibilidades de registro, almacenamiento y circulación de la información. Antes una persona para registrar ciertos momentos necesitaba contar con una videofilmadora, cámara de fotos, grabador de voz, es decir, varios aparatos. Asimismo, para su funcionamiento se necesitaban pilas, baterías, rollos, cassettes virgen, etc. Actualmente, solamente con un celular uno podría hacer todas estas mismas cosas: fotografiar, filmar y grabar audio, sin necesitar de rollos, pilas, etc. Lo cual reduce los costos de producción. Con respecto al almacenamiento, si se tiene una buena memoria en el celular se pueden almacenar cuantiosa información, muchas fotos, incontables canciones, lo cual

es mucho más económico y cómodo que con un rollo y un cassette. Por último, la circulación es hoy mucho más instantánea y rápida que antes. Con internet se puede transmitir en directo, posteando y compartiendo los hechos al mismo tiempo que se los está viviendo. Como consecuencia, se transforma enormemente el modo de conceptualizar el tiempo y el espacio. Así, las distancias y los tiempos parecen acortarse, gracias a las posibilidades que habilitan estas nuevas tecnologías.

Sobre estas nuevas prácticas de registro de los usuarios, Umberto Eco (2012) se refirió de manera muy crítica con el nombre del “síndrome del ojo electrónico”, que sucede cuando las personas en vez de vivenciar lo que les ocurre a su alrededor de una manera atenta, lo hacen de manera superficial a través de sus celulares, fotografiando compulsivamente lo que les llama la atención, tomando cientos de imágenes que muy pronto olvidarán. Su mirada resulta negativa y clasifica esa práctica como una adicción que debiera erradicarse ya que considera que los sujetos al estar pendientes del registro, no experimentan conscientemente lo que acontece a su alrededor.

No obstante, hay otras posturas que aseguran que los nuevos medios de comunicación le permiten a los receptores convertirse en productores de discursos y tornarse prosumidores. No solo recibir información, sino también producirla de manera rápida, sencilla y económica. Michel Serrés (2014) considera que los medios de comunicación tradicionales como la radio, el diario y la televisión disponían a los sujetos en el lugar de receptores. Hombres pasivos que solo reciben contenidos. En cambio, plantea que los nuevos medios de comunicación como la computadora y los móviles permiten a los hombres producir y echar a rodar sus propios discursos, ya que se puede generar y hacer circular videos, discursos, fotos, de una manera muy sencilla. Cada vez surgen más cantidad de programas y aplicaciones amigables, que sin contar con demasiados conocimientos de diseño gráfico ni de informática, les permiten a los usuarios crear discursos muy atractivos.

La española Dolors Reig (2012), también posee una mirada muy optimista de las capacidades que las redes sociales y las nuevas formas de comunicación

les permiten a los usuarios en la actualidad, tanto que asegura que se ha vuelto a recuperar el ágora con el advenimiento de las redes sociales. No solo posibilitan el ocio -como chatear y jugar- o aprender que provocaría una utilización aún más compleja. En un estadio aún mayor y más enriquecedor para el desarrollo de las capacidades humanas, se encuentra el empoderamiento. Cuando a partir de la producción de discursos los ciudadanos visibilizan sus demandas políticas.

De pantallas y nuevas sensibilidades

Para reflexionar sobre los teléfonos celulares y sus aplicaciones en tanto fenómenos culturales, se recuperan las categorías de ritualidad, socialidad y tecnicidad (Martín-Barbero, 1990). Desde las mismas, es posible ligar los usos de las tecnologías con los contextos cotidianos, como enumera Malo Cerrato (2006: 110-111): el uso estructural (según el cual los medios modelarían los tiempos de actividad y ocio de los usuarios, marcando los ritmos de encuentro e, inclusive, las conversaciones); relacional (ya que se daría la oportunidad de que todos se expresen, libre y espontáneamente); social (vinculado a lo anterior, como factor de socialización); de acercamiento o distancia (en tanto puede aumentar la solidaridad o poner de relieve las discrepancias; incluso en la decisión de enseñar o no a los mayores a usar estos dispositivos) y de competencia o dominio (para reafirmar los propios roles dentro de un grupo a través de las conductas que generan estos dispositivos).

La ritualidad implica ciertas regularidades y rutinas en las socialidades; de manera tal que permite identificarlas. En ese sentido, podría visualizarse desde la actividad constante de registrar instantes que, antes de la aparición de estos dispositivos fáciles de acarrear y manipular, hubieran quedado sin ser plasmados, y, además, la gran circulación que los mismos tienen a partir de “subirlos” a un blog, compartirlos a través de la tecnología bluetooth, enviarlo al correo y todo lo que supone la convergencia digital. De este modo, los celulares habilitan nuevos ritos que, con sus nuevos sentidos y significaciones, transforman las rutinas y las energías del orden establecido en la Modernidad en la distinción entre lo público y lo privado y aquello que merece (y, por ende,

también lo que no) ser registrado para la posteridad. Aquí, es posible vincular con los usos “relacional”, marcando quiénes pueden expresarse a través de estos dispositivos y quiénes no (en una suerte de “adentro” y “afuera”, inclusión o distinción).

El cambio cualitativo en la experiencia cotidiana de los usuarios de móviles, contribuye, desde diversas dimensiones a la “crisis de fronteras”: la comunicación mediante teléfonos celulares y la circulación de mensajes verbales y no verbales que conjuga, por ende códigos lingüísticos y paralingüísticos, las esferas sociales de su uso, los modos en que los dispositivos señalan la recepción de los mismos (incluida tal diversidad de sonidos y temas que uno muchas veces no sabe de qué se trata y hace que algunos sujetos comprendan esta clave de significación y que otros queden al margen de la misma) reactualizando el conflicto social en algunos actores al marcar una distinción simbólica de uso y apropiación.

Por otro lado, los teléfonos celulares armonizan las obligaciones, ya que roles diacrónicos, pueden desarrollarse de manera sincrónica. Por ejemplo, el caso de las mujeres que antes debían dedicarse al cuidado de sus hijos o a las tareas fuera de la casa de modo excluyente, cuando en la actualidad pueden estar en conexión permanente con el hogar sin dejar de realizarse por fuera del ámbito familiar. A su vez, es posible preservar roles difusos en cuanto a su alcance y extensión porque permiten contactarse con individuos que están en movimiento o inmersos en otras actividades privadas o públicas. Tampoco parece tener lugar un espacio no laboral, ya que da la sensación que uno debería estar disponible todo el tiempo, incluso en horarios que exceden la relación profesional.

Las tecnologías de comunicación más allá de su instrumentalidad, posibilitan nuevos modos de ser, cadenas de valores y sensibilidades sobre el tiempo, el espacio y los acontecimientos culturales. Los móviles permiten concebir un tiempo que pareciera ser ilimitado, explotable y aprovechable al máximo al romper los límites entre el tiempo de ocio y de trabajo establecidos por el reloj desde la Modernidad, dislocando la noción de secuencia y progreso lineal.

Prueba de ello es constatar que la mayoría de los usuarios de teléfonos celulares no los apagan en ningún momento; en el mejor de los casos, los silencian. La politicidad del tiempo, en cuanto a los reordenamientos que configura, también guarda estrecha relación con los elementos para medirlo; al respecto, los jóvenes usan este dispositivo en reemplazo del reloj de pulsera, el despertador o alarma.

Los usuarios de móviles poseen en su imaginario la ilusión de no perderse nada, de estar al alcance del grupo de pares, siempre disponible y visible. Al mismo tiempo, el celular no es solo un medio de comunicación, funciona como un dispositivo que permite ampliar la capacidad de memorización, con aplicaciones que jerarquizan la información y notifican aquello que no debe ser olvidado.

En este sentido, para el filósofo Serres (2014) ya no es necesario “tener cabeza”, pues para guardar la información basta contar con los dispositivos digitales. Ahora es tiempo de ocuparse de actividades más relevantes, para memorizar esta la computadora, se ha alcanzado mayor libertad para crear, analizar, comparar, entre otras.

Los límites espaciales del hogar y de las demás instituciones, se ven atravesados de manera discrecional por las comunicaciones vehiculizadas por estos dispositivos que no precisan anclaje territorial. Los mensajes de texto e imágenes, a diferencia de las comunicaciones de voz, pueden pasar desapercibidos, por lo que muchos los consideran ideales para su uso en espacios públicos compartidos. El hecho de atender el teléfono, aún frente a la presencia de otro real, nos daría cuenta de que ellos no son “tan importantes” como quien está del otro lado del aparatito, con quien se comparte la conversación o a quien se dirige de manera exclusiva, excluyendo al copresente, exacerbando la idea de presencia ausente; refiriéndose al hecho de estar físicamente presente pero mentalmente dissociado o en otra parte (y su revés, la ausencia presente¹). Existen planteos que señalan el aumento de la

¹ Aunque otras formas de medios tradicionales como los diarios, la radio, la televisión también contribuyen a esta presencia ausente; se trata de medios unidireccionales; mientras que los teléfonos celulares, al ser bidireccionales o dialógicos, intensifican esta circunstancia.

“privacidad”, a partir de la instalación de una “cultura de la habitación” en la cual es posible bloquear información y quebrantar el poder.

La mediación narrativa que instala el teléfono celular, constituye la medida y marca de la relación entre la cultura y el sentido de pertenencia/ exclusión de los usuarios. Este fenómeno creciente provoca que la esfera pública se vuelva una especie de sala de estar colectiva, usufructuado por individuos que no comparten relación aun estando en el mismo espacio. Aparecen zonas improvisadas como “cabinas de teléfono” públicas y urbanas (porque disponen de buena señal o de la privacidad necesaria): pasillos; terrazas; esquinas; plazas; entradas al subte, lobbys de cines, teatros, restaurantes; en la puerta de grandes shoppings y supermercados; llenos de personas con teléfonos en mano, sin que unos estén al tanto de lo que los otros realizan.

La sensación de anonimato que se experimenta en las grandes ciudades parece disolverse por la conexión con otros distantes. En la misma dirección, se puede indicar que el uso de estos dispositivos ayuda a llenar de sentido lo antes entendido como “tiempo muerto”: es posible adelantar trabajo, conversar con otros, saludar a otros que uno no ve desde hace tiempo, ponerse al día con noticias o jugar mientras se viaja o espera. La confluencia de ruptura de la noción de límite espacial y la capacidad de su utilización *full time*, otorgan un cambio cualitativo en relación a otras tecnologías.

Lo privado se hace público

Las generaciones adultas poseen un gran respeto y cuidado por su privacidad, “lo privado es privado” y de ninguna manera debe compartirse, traspasando los límites de la intimidad. Por el contrario, las generaciones más jóvenes poseen otras ideas y prácticas al respecto. Todo se comparte, y no sienten miedo de que lo privado se vuelva público. Ya que lo mostrado permite alcanzar prestigio y el reconocimiento de los pares, cuando es compartido, comentado, megustado, por un número relevante de “amigos”.

Todo se comparte en las redes: lo que se come, las actividades que se hacen en el día como un paseo con amigos o una reunión de trabajo, los actos

escolares de los hijos o las vacaciones. Todo es “posteable”. Y más que las palabras, sobreabundan las imágenes, ya sean fotografías o emoticones. El lenguaje verbal escrito pierde lugar, frente a la fuerza de lo visual que transmite una fotografía, un emoji o un emoticon.

En un mundo donde mostrarse y exponerse a través de la red permite alcanzar el éxito, lo privado pierde valor frente a lo público. Una lógica errónea, que esconde los problemas que esto puede acarrear sobre todo en los niños y adolescentes, que por cuestiones de moda hacen circular imágenes íntimas o brindan información sensible a desconocidos. Los riesgos que acechan la web son innumerables, y tanto padres como educadores deben ocuparse de formar a las generaciones más jóvenes sobre ello para que puedan alcanzar una conciencia crítica acerca del uso de la web en sus prácticas cotidianas.

El cuerpo en las redes sociales

El cuerpo es una construcción sociohistórica dinámica. Es un discurso portador de sentidos que pueden ser interpretados. Desde esta línea y en torno a las formas actuales de comunicación veremos cómo el mismo es expresado, vivido, habitado.

En los últimos años el hecho de que los celulares cuenten con cámaras de fotos frontales generó la masificación de las selfies como un tipo de fotografía particular. Ésta se caracteriza por ser un retrato de sí mismo, una autofoto, donde “el sujeto que registra y el sujeto registrado” son la misma persona. Estudiosos en temas de la cultura contemporánea, han caracterizado a esta práctica por su individualismo, hedonismo, narcisismo, entre otros términos.

Los usuarios de los celulares buscan autorretratarse para subirlo a las redes, mostrando todo o algunas partes de su cuerpo, de manera feliz o no, con el fin de ser rápidamente posteado y compartido. Muchas veces se acude a recitales, eventos culturales, restaurantes, viajes, y se toma una de estas fotografías con el objetivo de contarle al mundo que se ha estado allí. Aunque la calidad de la foto no sea buena, lo importante es mostrar que se ha sido testigo, que se ha estado en ese lugar. No obstante, esto de capturar nuestra propia imagen no se

inventó con la selfie. Ya existía desde mucho tiempo atrás, a través pinturas, polaroids, etc.

La tiranía de la imagen que ya no es la de la televisión, la del cine, sino la del mundo íntimo de cada uno que se despliega en las redes sociales: fotos de perfil, usuarios de WhatsApp, protectores de pantalla, etc. A veces se eligen imágenes de personajes de ficción, pero otras aparece el cuerpo entero del usuario o alguna parte como: un ojo, el rostro, los pies. El cual puede también ser intervenido con herramientas de edición que permiten cortar, pintar o transformar. Todo es posible en el soporte digital.

En ese sentido, los usuarios van construyendo su identidad digital y diciendo al mundo: miro y soy mirado, por lo tanto existo. La foto se planifica y luego se elige cuál postear. Obtener comentarios, me gusta, o lograr la viralización es sinónimo de prestigio en la sociedad actual.

De este modo, se producen las fotos, se piensa qué mostrar, qué postear, qué compartir. Fenómenos como el sexting refieren a usuarios de redes sociales que se tomaron fotografías desnudos o semidesnudos con el fin de compartirlas a través de celulares o computadoras con personas conocidas o extrañas. La investigadora Paula Sibila ha calificado a este fenómeno como el exhibicionismo de los solitarios.

De esta manera, por ejemplo en 2016 se visibilizaron múltiples desafíos en las redes sociales cuya regla fue la extrema delgadez. Uno de ellos proponía a los jóvenes subir imágenes en las que logran profundizar en la línea que recorre el torso en su centro longitudinal, dividiéndolo en dos partes marcadas por la musculatura. Se conoce como “rotura abdominal”, y se logra con una práctica de ejercicio intensa y una dieta estricta. Por otro lado, se conoció una prueba que le propone a cada sujeto que su mano pueda llegar a tocar el ombligo rodeando la cintura por detrás. Se presenta como una medida de cintura de avispa, pero también depende de la elasticidad del brazo. Otro reto es conocido como el “desafío A4”, se promueve que la zona abdominal mida lo mismo que

un folio. Aquellos que lo practican solo tienen que sacarse fotos con el folio delante, para constatar que nada de carne sobresa.

En esta línea, a la presión sobre cómo debe ser el cuerpo que transmite el cine, la televisión, las revistas y las publicidades, se suma la variada nómina de ejemplos que proponen alcanzar modelos extremos de delgadez que circulan por internet. Como consecuencia, la bulimia, la anorexia, la depresión y otras patologías, afectan a los receptores. Frente a ello, queda mucho por educar.

Saberes a enseñar

Como docentes del nivel medio y superior, consideramos que hay muchos contenidos relevantes a abordar con los jóvenes, pues cada vez ocupan más de su tiempo con los medios y en general de manera solitaria. Se debe preparar a estos para que alcancen una recepción crítica de aquellos discursos que consumen, que puedan desnaturalizar estereotipos sobre la belleza, el cuerpo y la salud. También, brindar conocimientos relativos a la seguridad en internet, sobre los sitios visitados y sobre aquello que es subido y compartido en las redes. Porque muchas veces no son conscientes que aquello que se pone a circular constituye su identidad digital, un modo de mostrarles a los otros quiénes somos. Y lo que es subido, por más que se borre después, ya se ha puesto en circulación. Incorporar la perspectiva denominada “educación en medios”, implica preparar a los alumnos para que entiendan que lo mediático en sí no es ni bueno ni malo, que hay que saber utilizarlo, desplegando la capacidad reflexiva y crítica. En ese camino debemos acompañarlos los adultos, no solo para que sean receptores atentos de la información que consumen, sino que puedan también producir discursos propios que les permitan hacer visibles sus pensamientos.

Bibliografía

-Dussel, I. y Quevedo, L. (2010). *Educación y nuevas tecnologías: los desafíos pedagógicos ante el mundo digital*. Recuperado de

<http://www.unsam.edu.ar/escuelas/humanidades/actividades/latapi/docs/Dussel-Quevedo.pdf>

-Eco, U. (1 de agosto de 2012). Hay epidemia de síndrome de ojo electrónico. *Infobae*. Recuperado de <http://www.infobae.com/2012/08/01/1055490-hay-epidemia-sindrome-ojo-electronico/>

-Iberic (2012). Sociedad aumentada y aprendizaje. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=6-F9L9avcwo>

-Malo Cerrato, S. (2006). Impacto del teléfono móvil en la vida de los adolescentes entre 12 y 16 años. *Revista Comunicar*, 14 (27), pp. 105-112. Recuperado de <https://www.revistacomunicar.com/index.php?contenido=detalles&numero=27&articulo=27-2006-16>

-Martín Barbero, J. (1990). De los medios a las prácticas. *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales*, (1), 9-18.

-Serres, M. (2014). *Pulgarcita*. Barcelona: Gedisa.

-Soto Galindo, J. (10 de octubre de 2016). Paula Sibilía: la intimidad es un espectáculo. *El economista*. Recuperado de <http://eleconomista.com.mx/economico/2016/10/09/paula-sibilía-intimidad-espectaculo>

-(11/09/2016), Las modas que llevan el cuerpo al límite en las redes sociales. *Informalia*. Recuperado de <http://informalia.eleconomista.es/informalia/noticias/7817227/09/16/Las-modas-que-llevan-el-cuerpo-al-limite-en-las-redes-sociales.html>